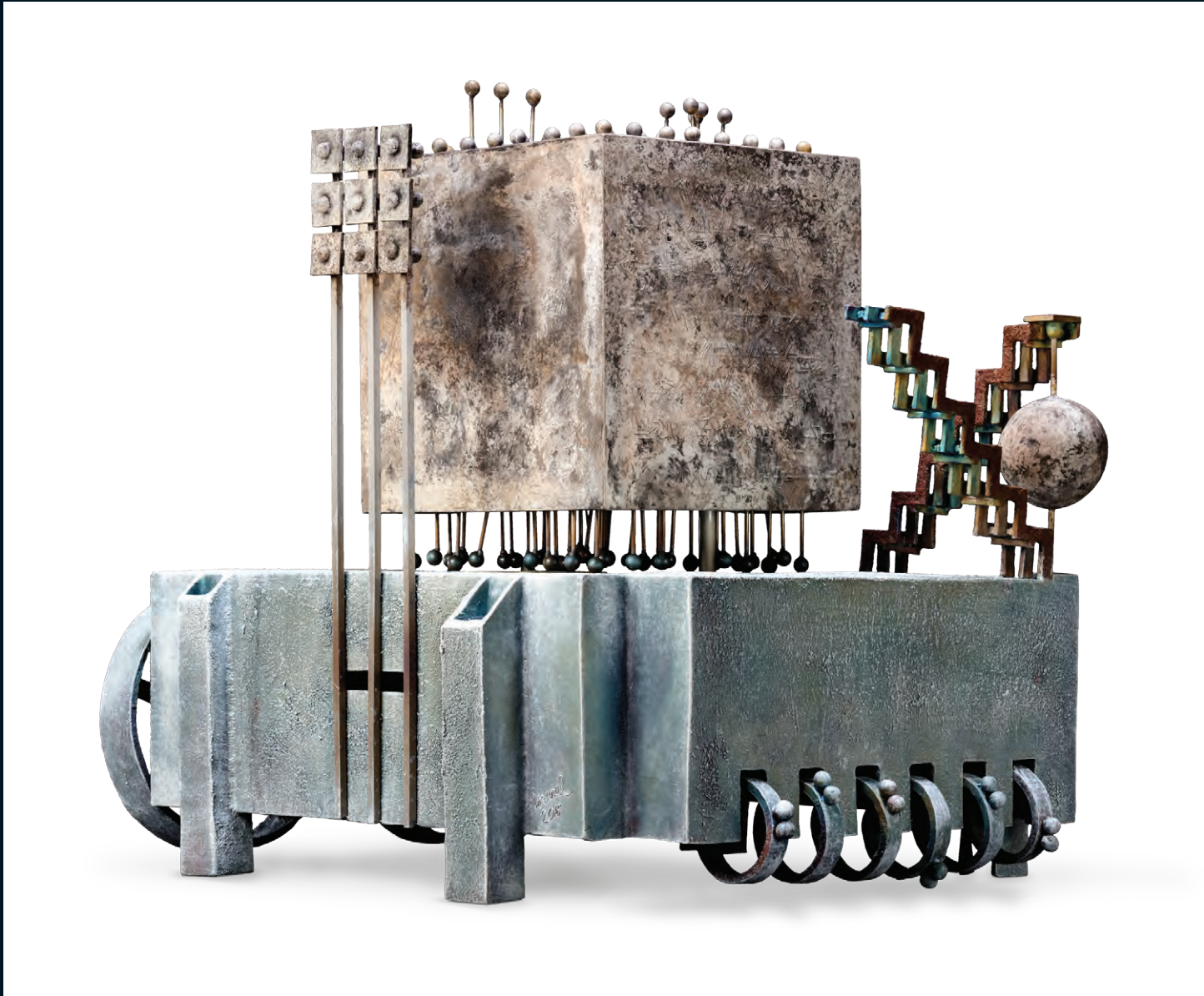


# «EL ODIO»



© Jim Amaral | Mujer con pectoral sobre pivote | 1995 | 38×58×22 cm | Bronce | Fotografía: archivo del artista



© Jim Amaral | Cubo esférico tocando: movimiento en reversa | 2016 | 55×50×55 cm | Bronce | Fotografía: Diego Amaral Ceballos

# Editorial

---

Para este número de la revista *Desde el Jardín de Freud* propusimos a nuestros colaboradores trabajar sobre la cuestión del odio. El asunto, aun siendo tan primario como la criatura humana misma, cobra una actualidad inusitada en nuestro tiempo. Quisimos atender a diversas aristas de la cuestión: tanto a la forma en que el odio asiste a la constitución del sujeto, a la elección de su posición subjetiva y sexuada, como a los modos en que el marco discursivo de nuestra época hace patentes sus manifestaciones, que irrumpen cada vez de manera más desembozada.

En este trabajo comenzamos por recordar que ya en “Pulsiones y destinos de pulsión” (1915), Freud planteaba que, en términos de la relación con el objeto, el odio es más antiguo que el amor, pues tempranamente el yo odia y persigue con fines de destrucción a todos aquellos objetos que le generan displacer; así, el odio surgiría de la repulsa primitiva que el yo opone al mundo exterior, fuente de estímulos para el incipiente aparato anímico. En tal sentido, podemos advertir el carácter primario y defensivo que Freud le asigna al odio, así como la mira a la que este apuntaría. De modo que si los asuntos del odio, y también los del amor, están modulados al comienzo según las vivencias de placer y displacer, allí mismo podríamos situar las operaciones de expulsión e incorporación, condición misma de la existencia del sujeto.

Más allá, el nudo mismo del complejo de Edipo ha contado no solo con la aparición del amor y el odio dirigidos a quienes llamaron a la existencia al sujeto por venir, sino que la neurosis misma obedece a los modos en que cada quien ha tramitado esas primeras pasiones incestuosas. Las más de las veces, la hostilidad reprimida erige un amor culpable que no logra liquidar el odio inconsciente en que tal amor se sustenta. Respecto de las vicisitudes del odio, no solo en el campo de las neurosis sino también en el de las psicosis, Freud dejó numerosas indicaciones en sus historiales clínicos y en sus escritos teóricos: el frágil alivio que aporta dirigirlo a un subrogado paterno, su provisional y precaria sofocación en la fobia, el carácter indestructible y la figuración plástica que alcanza en la neurosis obsesiva, su manifestación como contradicción de una tendencia homosexual en el delirio paranoico de persecución, su presencia en



las distintas modalidades de automartirio del melancólico que goza del odio de sí... Estas indicaciones, y en particular las relativas a las psicosis, podrían contar con nuevos esclarecimientos a partir de la reformulación de los resortes de tales padecimientos. Apuntalados en nuestra praxis y en el vínculo transferencial en que esta se sustenta, fue posible producir nuevas elaboraciones sobre estos sufrimientos, que son para los analistas, como lo decía Lacan, “la escuela de las pasiones del alma”.

Con lo dicho hasta acá notamos que el odio parece ser el doblez inevitable del amor, pues surge no solo antecediéndolo, como lo notaba Freud con sorpresa, a partir de las tesis de Stekel, sino que puede sucederlo, así como acompañarlo durante el tiempo de las más ardientes efusiones amorosas, en medio de los tormentos de un enamoramiento. Esta variopinta fenomenología, que da lugar a la conflictividad propia de la vida anímica, fue acogida en las elaboraciones freudianas con el término de “ambivalencia”. La noción, acuñada en principio por Eugen Bleuler para referirse a una característica de la esquizofrenia, fue utilizada por Freud, quien desbordó ampliamente su primera referencia, pues con ella aludía tanto a la duplicidad de sentimientos (amor/odio) como a cierta característica dominante en algunos estadios de la libido, y también a la polaridad misma de sus dualismos pulsionales. La noción de ambivalencia, al parecer, no está despojada de equívocos, de donde una más amplia indagación al respecto nos permitiría ponderar con precisión su alcance. Así, Freud enseña que el odio no se presenta como opuesto al amor sino como su acompañante inevitable, y uno y otro mezclados, en proporciones distintas, se oponen a la indiferencia. Ahora bien, además de este punto relativo a la propiedad o no de la noción de ambivalencia con que se designan las mixturas pasionales a que nos venimos refiriendo, surge otra pregunta: si el odio aparece antes, después, o de manera simultánea con el amor, ¿habría acaso un odio puro, sin mezclas, sin remisión ni doblez posibles: un odio seco y a secas?

Estos fenómenos —que no lo son tanto, pues parecen más bien datos de estructura— también fueron examinados por Freud en el campo de la psicología de las masas (1921), donde mostró cómo la maquinaria “odiosa” es relativamente fácil de accionar, dado que se sirve de justificaciones y pretextos alimentados con instigaciones elementales que, en tal condición, cuentan con la posibilidad de un rápido, duradero y eficaz arraigo. Así, años antes de que el aparato de propaganda nazi hubiese hecho explícita su declaración de principios, ya los resortes de tal engranaje habían sido advertidos por Freud: “Inclinada ella a todos los extremos, la masa solo es excitada por estímulos desmedidos. Quien quiera influirla no necesita presentar argumentos lógicos; tiene que presentarle las imágenes más vivas, exagerar y repetir siempre lo mismo”. Así se llega, de manera expedita, a extremos vociferantes: la sospecha apenas formulada se transforma en certidumbre inapelable y el “germen de antipatía deviene

odio salvaje”. Casi una década después, en “El malestar en la cultura” (1930), en el análisis que Freud elabora sobre la hostilidad contra la cultura, se detiene estupefacto ante el mandamiento bíblico: “Amarás a tu prójimo como a ti mismo”. La referencia, no pocas veces citada por los psicoanalistas, al parecer no deja de interpelarnos: “No es solo que ese extraño es, en general, indigno de mi amor; tengo que confesar que se hace más acreedor a mi hostilidad, y aún a mi odio. [...] Si puede extraer una ventaja, no tiene reparo alguno en perjudicarme, y ni siquiera se pregunta si la magnitud de su beneficio guarda proporción con el daño que me infiere. Más todavía: ni hace falta que le reporte utilidad; con que solo satisfaga su placer, no se priva de burlarse de mí, de ultrajarme, calumniarme, exhibirme su poder; y mientras más seguro se siente él y más desvalido me encuentre yo, con certeza tanto más puedo esperar ese comportamiento suyo hacia mí”. Sucede, sin embargo, que si se exhortara a mi prójimo a amarme como se ama a sí mismo, daría la misma respuesta, pues esa maldad que lo habita a él también hace su morada en mí...

Podríamos sentirnos tentados a atribuir estos fenómenos a la estela agresiva que porta la constitución del yo, que una vez gana su unidad sostiene tal tensión respecto del otro, dado que la preciada conquista quedará siempre amenazada, pues fue fraguada en una ilusión. Pero el odio, como pasión, no se reduce ni es simplemente equivalente a la agresividad que comporta el narcisismo. Esta equivalencia parece atravesar la obra de Melanie Klein, pues frecuentemente, en sus planteamientos, quedan asociados odio y agresividad. Es posible leer en sus páginas elaboraciones sobre la función de la frustración como fuerza motora del odio y sus correlatos corporales, y el lugar de los objetos pulsionales parciales en las tempranas fantasías amorosas y destructivas del infante, asuntos estos que plantean otras dimensiones del tema que nos ocupa. También allí encontramos que la lucha entre amor y odio y los conflictos que de esta se derivan no solo aparecen en la primera infancia, sino que operan durante toda la vida. Ahora bien, si el odio tiene una dimensión imaginaria, por ser la destrucción del otro una vertiente “de la estructura misma de la relación intersubjetiva”, esta dimensión no lo es todo respecto al odio. Se trataría, para plantear este asunto de otra manera, ya no solo de contar con la evidencia de la ambivalencia y con la novedad que esta noción aportó en su momento, sino de situar el papel de la relación imaginaria en la súbita reversión del amor en odio: ¿cuál, con propiedad, es la bisagra de esta reversión? En otra arista, los usos mismos que la posteridad freudiana dio al concepto de pulsión de muerte, tan diversos y en ocasiones tan contrarios, no dejan de aludir tanto como de interrogar sus nexos con el odio.

Con estas últimas consideraciones estamos ya haciendo referencia a algunas coordenadas aportadas por Lacan, quien desde su *Seminario 1* (1953-1954), *Los escritos*

*técnicos de Freud*, planteó que el odio es una pasión del ser junto con el amor y la ignorancia. Llama la atención que no solo diga allí que se trata de una pasión *del ser* que, en tal sentido, *proviene del ser*, sino que además se *dirige al ser del otro*. Más adelante, en el *Seminario 5, Las formaciones del inconsciente*, dirá que estas pasiones son “actos posicionales con relación al ser”. Y, mucho después, en el *Seminario 20, Aún*, le dará el calificativo de “consistente” a este odio que se *dirige al ser*: odio consistente. ¿Qué supone esta referencia al ser cuando se trata de las pasiones? ¿Y qué implica que su proveniencia y su destino sea justamente el ser? ¿Por qué el odio se constituye, como lo dice, en una vía para “la realización del ser”? ¿Qué aporta el uso de la categoría “consistencia”, procedente de la lógica, para referirse al odio? ¿Es que acaso habría un odio afectado de inconsistencia? ¿Y qué lugar al respecto tendría aquella mixtura que Lacan nombró, ya avanzada su enseñanza, con la condensación neológica *hainamoration* [odioamoramiento]?

Por otra parte, si retomásemos ahora, con referencia a estas pasiones, los discernimientos de Freud en “Psicología de las masas y análisis del yo” (1921), es posible advertir cómo el amor, el odio y la ignorancia pueden engendrar una sólida trunca que desafía cualquier razonamiento pues, así como se ama al líder, este amor provee la pastura del odio que da pegamento a la unidad de la tropa que, a su vez, crédula, todo lo ignora y nada quiere saber. En este terreno, los urgentes llamados a la sensatez, a la mesura, a la prudencia, de poco o nada sirven, pues se han pulsado fibras pasionales y pulsionales que desconocen tales miramientos. En la más reciente actualidad, estas estratagemas de agitación pasional tienen el nombre de *fake news*, especies que prenden toda suerte de incendios pasionales, en medio de los cuales se decide el destino de pueblos enteros, incluso del globo mismo...

Retomando las referencias al seminario sobre *Los escritos técnicos...*, podemos apreciar cómo Lacan se sirvió tempranamente de su ternario, real, simbólico e imaginario, para distinguir estructuralmente el estatuto de las pasiones del ser; de modo que procedió a situarlas en la unión de dos registros: “en la unión entre lo simbólico y lo imaginario, esa *ruptura*, esa arista que se llama amor; en la unión entre lo imaginario y lo real, el odio; en la unión entre lo real y lo simbólico, la ignorancia”. Enseguida aportó una precisión respecto de lo que leíamos en Freud, pues el odio no parece satisfacerse con la desaparición del adversario, sino que aspira a “su envilecimiento, su pérdida, su desviación, su delirio, su negación total, su subversión”. Con ello parece introducir una dimensión temporal que señala que el odio no se cumple, en un instante, con la desaparición del otro, sino que se prolonga en una carrera sin fin que se eterniza en el extravío ansiado y dispuesto para el otro.

Con el propósito no solo de retomar sino de actualizar las elucidaciones de Freud, y atendiendo a las mutaciones históricas de nuestra época, Lacan planteó muy pronto, desde su primer seminario, que la nuestra es “una civilización del odio”, pues “ya está bien desbrozada entre nosotros la pista de la carrera de la destrucción”. En ello, la objetivación del sujeto es el indicio mayor de tal carrera. Esta breve indicación va a tener su despliegue con la elaboración paulatina de sus articulaciones sobre los discursos, en particular los planteamientos referentes a la alianza entre el discurso de la ciencia y el del capitalismo. En “La proposición del 9 de octubre de 1967 sobre el psicoanalista de la escuela” anticipa “la extensión cada vez más dura de los procesos de segregación”. Esa nueva práctica social de la segregación, que tuvo en el campo de concentración su horrorosa anticipación, se desprende del universalismo propio de la ciencia moderna. ¿Es que acaso este sería el nuevo rostro, que por racionalizado resulta más monstruoso, de la vieja pasión del odio? Respecto del discurso capitalista, que rechaza la castración y por ello “deja de lado lo que llamaremos simplemente las cosas del amor”, no es extraño que nos enfrente a las más crudas manifestaciones del odio...

Las líneas precedentes no son más que evocaciones hechas con gruesos trazos, cada uno de los cuales se abrió en nuevas preguntas relativas a la cuestión del odio, tal como puede constatarse al recorrer las páginas de este número de la revista. Los articulistas participantes desplegaron numerosas aristas de los asuntos hasta aquí planteados y otros varios que no alcanzaron siquiera a ser contemplados en el momento en que difundimos la convocatoria de este número. También contamos, una vez más y según el espíritu de nuestra revista, con aportes provenientes de distintos horizontes, prácticas y disciplinas. Así pues, con el concurso de nuestros colaboradores, quienes supieron escuchar la urgencia de ocuparse del tema propuesto, pudimos abrir caminos de un fructífero trabajo en torno a un asunto sobre el que no abundan elaboraciones, y que concierne no solo a los efectos de nuestra más general condición de hablantes, sino también a la discursividad propia de nuestra época. Finalmente, es preciso insistir en que el signo de los tiempos que corren es el que hizo tanto más apremiante este trabajo, que ahora entregamos a nuestros lectores en la convicción de que se trata de una labor para la cultura, contra una barbarie que ha retornado con nuevos bríos.

BELÉN DEL ROCÍO MORENO CARDOZO  
EDITORA

